

reproduce los mismos valores cristiano-occidentales que creía combatir...<sup>30</sup>. De hecho, el autor reproduce, en este aspecto también, la moral tradicional aristocrática que se le inculca en su familia.)

Pero, como hemos dicho anteriormente, son extranjeros o forasteros de todas clases, no sólo imperialistas o colonialistas, los que el autor ataca o denigra en su sátira. Los así llamados «gitanos», y de los cuales *todos* los males de Macondo se derivan en cadena, no constituyen una excepción. Sin embargo (y esto es algo que pese a su abundancia la crítica del novelista no llega siquiera a intuir), lo anterior no sucede porque los gitanos de Macondo sean «extranjeros» como los gitanos reales lo son en todas partes... Por el contrario, sucede que estos «gitanos» no son tales; no son gitanos *literales*, sino que figuras satírico-alegóricas que constituyen *una carnavalización y una mascarada* tras las cuales se lleva a cabo la burla de otra raza muy concreta, a la que García Márquez «enmascara» satírica y cifradamente de esta forma, para representarla fundando y desarrollando nuestra cultura cristiano-occidental —o judeo-cristiana— a partir de los mismos orígenes de ésta desde «los primeros comienzos» que narra todo mito cosmogónico de la Caída. La carnavalización y la mascarada son recursos consubstanciales al género satírico en todos los tiempos y en todas las latitudes literarias. Y así es cómo dentro de esta sátira racial sin límites se representa aquí a esta raza trayendo el «hielo» de la represión a la civilización humana, inaugurando con su alegórica «llegada» una etapa remota en el desarrollo de nuestra cultura. Probar cómo esto es así, cuáles son los recursos que utiliza el consumado satirista García Márquez para *representarlo y encubrirlo al mismo tiempo*, y por qué recurre específicamente a «gitanos» para crear una analogía burlesca con dicha raza, es algo que obviamente no podremos sustanciar dentro de los límites de este artículo. De hecho, la verdadera *Cien Años* (y no la novela «inventada» por sus críticos y por el autor con su *pretendida* ingenuidad cuando habla en entrevistas o en público) todavía espera ser descifrada, *literalmente hablando*, y tanto como los pergaminos de Melquíades. Debemos contentarnos, por tanto, aquí con señalar los márgenes —ideológicos, estructurales, genéricos, etc.—, dentro de los cuales este ciframiento opera, y, por tanto, su futuro desciframiento deberá operar. De allí que, mientras tanto, mi referencia a estos personajes satíricos se hace siempre con el uso de comillas al designárseles como (supuestos) «gitanos».

Por si fuera poco, para el escritor los forasteros de todo el resto de Colombia son igualmente «malignos» por su mera condición de tales. Reléase la novela, así como *El Otoño del Patriarca*, y descúbrase cómo son también los «cachacos» y «la gente del páramo» (habitantes de Bogotá y otros lugares y ciudades de Colombia que no son los originarios del autor) los que se representan como corresponsables de todos los delitos históricos de Colombia, la matanza de las bananeras incluida (por ejemplo, todos los soldados que disparan sobre los obreros en esta masacre son «hombres del páramo»; Fernanda del Carpio es represora y reprimida porque es una «cachaca», una

---

<sup>30</sup> GUSTAVO ALVAREZ GARDEAZÁBAL: «Las formas de hacer el amor en *CAS*», y MARGARET SAYERS, «Las buenas y las malas mujeres de Macondo», ambos artículos en *Explicación de CAS*, ed. Fco. Porrata y Fausto Avendaño, Editorial Texto, San José de Costa Rica, 1976, págs. 39-63 y 313-27, respectivamente.

mujer «del páramo»; la marejada humana que corrompe al otrora idílico Macondo recibe siempre el mismo nombre: «forasteros», etc.). Lo mismo sucede en *El Otoño*, donde la madre del dictador es una ramera y su hijo el ente despiadado que es, por provenir ambos «del páramo», etc. En una palabra, como para todas las aristocracias, los seres «indignos» son aquí «indignos» *por su origen* (sea éste socialmente bajo, o simplemente ajeno al rango moral que da la pertenencia a la élite aristocrática misma); no por el rol histórico que cada cual juega dentro de la lucha de clases.

Lo esencial, sin embargo, es que para el novelista los extranjeros y forasteros no son negativos cuando y porque traigan o representen cierto orden social opresor en términos de clase, sino porque él los ve representando *cualquier orden*, es decir, uno nuevo que amenaza el anterior de los aristocráticos Buendía, tal como sucedió con los Márquez Iguarán a comienzos del siglo. Así es como debe verse incluso su rechazo de los norteamericanos y de la compañía bananera. Dicho de otro modo, la ideología de la obra en este sentido no es puramente «anti-imperialista», así como tantos, confundiendo la realidad con sus deseos, lo han querido ver. Es solamente anti-imperialista, anti-colonialista, o nacionalista (o «latinoamericanista») en la medida en que es aristocrática: rechaza a todos los que no pertenecen a la élite propia local hasta entonces dominante, a todos los que tienen un origen «inferior» al de la aristocracia del autor (entiéndase «inferioridad» moral, social y/o económica)<sup>31</sup>, y a todos los que, como los norteamericanos y europeos importan un orden ajeno que destruye su propio dominio nacional y local. Por ello incluye como inferiores en este sentido a los colombianos mismos que «vienen» con el invasor económico imperial a destruir su orden ideal, ahora caduco. (El término despectivo de «hojarasca» o «forasteros» incluye a la clase media y a la clase obrera colombiana que acude a la zona para trabajar en las plantaciones para la United Fruit Co.)<sup>32</sup>. En todos estos «advenedizos» —como en forma abiertamente aristocrática el escritor los llama en sus novelas—, García Márquez ve la manifestación del cambio histórico mismo, los hace símbolos y representantes del progreso, del patriarcalismo y de la Historia. Este fenómeno es inherente a las categorías del mito, que por lo mismo desemboca comúnmente en el racismo. Los mitos lo explican todo por supuestas «esencias», por la «naturaleza» inmutable y fija de las cosas y los seres; en una palabra, mediante arquetipos<sup>33</sup> (y todo es arquetípico en *Cien Años*). Para la aristocracia, al mismo tiempo, los seres *son y serán* su origen, sea éste sanguíneo, social o natural. El carácter aristocrático de este mito específico conduce entonces a explicar «lo malo» en toda nuestra historia, no por el mismo orden económico-social que contemporáneamente pueda darse dentro de diferentes naciones o razas, sino que a la inversa: por *el origen*, la característica «inherente» y arquetípicamente «maligna» de razas, naciones o conglomerados geográficos.

<sup>31</sup> VARGAS LLOSA: *Deicidio*, págs. 233-91 y especialmente pág. 251.

<sup>32</sup> La composición social de este conglomerado está muy claramente descrita por la voz lírica (portavoz del grupo aristocrático de los Márquez Iguarán) que habla en la introducción a *La Hojarasca*, su primera novela: Arca, Montevideo, 1965, pág. 8.

<sup>33</sup> Todos los estudiosos del mito coinciden en esto. Por ejemplo, Roland Barthes, *Mythologies*, Seuil, París, 1957, págs. 221-265; Ernest Cassirer, *Mythical Thought*, vol. 2 de *The Philosophy of Symbolic Forms*, Yale University Press, New Haven, 1964, *passim*; y Mircea Eliade, *Myths, Dreams and Mysteries*, *op. cit.*, *passim*.